

● Alberto Chimal

ARTE DE NOVELA MENOR

Milan Kundera comienza *El arte de la novela*, su primer libro de ensayos, con una larga vindicación de la que él llama "la despreciada herencia de Cervantes", contra las negaciones del totalitarismo y los anuncios sobre la "muerte de la novela" que se han dado durante, cuando menos, un siglo. Al fin, Kundera descarta, una por una, toda creencia posible, anuladas como lo han sido por la historia, los horrores y la abulia de los seres humanos. Sólo le queda la propia novela. La suya es una religión estoica, ascética, que pudo haber tenido seguidores a mediados del siglo XX; hoy, en esta época dedicada al placer y el olvido, Kundera está solo.

A juzgar por *La ignorancia*, su novela más reciente, no le importa mucho. Escrita en francés, como todos sus libros desde *El arte de la novela*, repite sus temas o, mejor dicho, sus actitudes fundamentales: es un libro escéptico, pesimista, desilusionado de la condición humana, y al mismo tiempo, lleno de compasión por las formas del engaño, o la simulación, que facilitan la supervivencia en un universo limitado, breve y carente de sentido. Pero a diferencia de *La lentitud* y *La identidad*, sus dos novelas anteriores, *La ignorancia* no muestra las huellas del cambio, desde luego muy difícil, hecho por Kundera de su lengua nativa, el checo, al francés, para tener más control sobre sus propios textos: para no tener que fiarse de traductores para comunicarse con el que es, en realidad, su mercado más grande e inmediato.

No hay que engañarse por la brevedad de *La ignorancia*, que la dis-



tancia de sus libros más populares (como *La insoportable levedad del ser*), ni por su deseo consciente de evitar toda grandilocuencia y toda pretensión de totalidad. Éste es, ahora, un efecto buscado, y no la confesión, involuntaria, de una inseguridad cierta, como la que tuvieron que enfrentar, entre otros, Vladimir Nabokov y Samuel Beckett: la forma de *La ignorancia* (que también se aparta de la rígida construcción temática y de la división en siete partes que, en algún momento, fueron las características más reconocibles de la escritura de Kundera), está elegida para servir mejor a sus preocupaciones: por un lado, el tema de la memoria, que se opone al olvido como la levedad al peso, o la lentitud a la velocidad (el libro podría haberse llamado *El olvido*); por el otro, el que fue justamente uno de los grandes temas de la his-

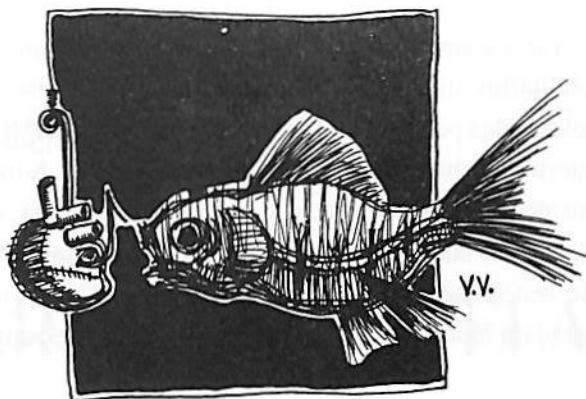
toria del siglo, y hoy es, injustamente, un asunto que ya no interesa a nadie: el exilio.

Particularmente, el exilio impuesto por los regímenes totalitarios, que vieron a buena parte de las poblaciones gobernadas por ellos huir de sus países, a emprender una nueva existencia, más o menos azarosa, en otros. Kundera mismo dejó Checoslovaquia y se trasladó a Francia; también sufrió las consecuencias del desarraigo, y también se vio beneficiado (aunque, según sus declaraciones, no le agradara mucho) por el aura patética, de mártires, que fue otorgada a sus compatriotas, víctimas de la opresión y la nostalgia por la tierra.

El problema, apunta Kundera en *La ignorancia*, comenzó al terminar la leyenda. La gran epopeya de los exiliados checos, aquejados de añoranza e incapaces de hacer nada al respecto, terminó en 1989, con la *revolución de terciopelo* que ocasionó la caída de los gobiernos socialistas de Europa. A partir de entonces, o de poco tiempo más tarde, fue posible el regreso, y la gente dejó de interesarse por el pueblo checo. Ya no había motivos: su gran historia, su parte en la Historia con mayúsculas, había pasado.

En una serie lenta, sosegada de episodios que alternan lo ridículo y lo doloroso, Kundera muestra el regreso a Praga de dos exiliados: Irena y Josef, que se conocieron muy brevemente en su juventud. Los dos rehicieron sus vidas fuera de su país, y encuentran, como muchos otros, que el regreso a los orígenes, a la Ítaca de Ulises, es a la vez obligado e imposible: todos los amigos y parientes de ambos les exigen, con el doble argumento de la pertenencia y la segura añoranza, volver al lugar que dejaron. Tienen que participar, cerrar el círculo, dar fin a la historia. Pero ¿cómo volver a un lugar que ya no existe, que ha seguido cambiando mientras ellos han estado fuera, como ellos mismos han cambiado?

Peor aún, la memoria engaña: altera, falsea, tamiza las imágenes del pasado guiada por no se sabe qué azar, qué mecanismo del alma, y el enfrentamiento con lo que olvida: con las otras versiones de nuestra propia existencia, puede ser devastador. Los amigos no quieren oír las historias de los que se fueron, y en cambio les reprochan la ausencia. Uno ha olvidado la historia de amor que fue fundamental para otro. La única semejanza entre quienes vuelven y quienes siempre estuvieron allí es la constata-



ción del paso del tiempo, la certidumbre de la muerte, el peso ineludible del pasado propio, íntimo. Milada, una mujer que conoce a Josef e Irena, aparece como la jovencita que fue, cuando su amor adolescente por Josef la llevó a una mutilación sin sentido, y como es: una mujer de belleza estropeada y temerosa, con muy poco entre el pasado que su cuerpo ostenta y la ausencia de cualquier expectativa. Y ninguna de las dos existe, realmente, más allá de las percepciones vagas, desatentas, de los otros.

Todo es desconsolador, minúsculo, cínico; eludiendo el beneficio de un final agrídulce, vasto como el de algunas de sus novelas anteriores, Kundera elige terminar *La ignorancia* insistiendo, tan sólo, en la sensación de que la historia, la figura que comenzó a dibujarse al emprender el viaje, se queda por siempre así, incompleta, imperfecta. Los personajes se separan y eluden toda posibilidad de redención, porque todas son un engaño. Nadie muere, aunque todos morirán. No es bueno, dice Kundera, sobrevivir a ningún hecho histórico; en realidad, parece agregar, no es bueno sobrevivir ni siquiera a la propia historia: a las pasiones que animan toda vida al menos por un tiempo.

Esta afirmación sería otro mandamiento del credo personal de Kundera, cuyo centro es la novela: el arte que impulsa, como siempre, a aceptar lo insoportable, a reconciliarnos con lo que no tiene remedio. *La ignorancia*, novela menor como los hechos que cuenta, lo es porque nuestras vidas siempre tienen otro capítulo: porque sólo la muerte las concluye, y sólo la memoria, imperfecta, traicionera, puede atreverse a darles una forma. **LC**

Milan Kundera, *La ignorancia*, Tusquets, México, 2000.